

EL CENTINELA

SEMANARIO TRADICIONALISTA



PRECIOS DE SUSCRIPCION

EN PALMA, Trimestre. 1 peseta
FUERA DE } Trimestre. 1'15
PALMA, } Semestre. 2'25

ULTRAMAR Y EXTRANJERO

Semestre. 5 pesetas

Número suelto, 10 céntimos.

Melius est nos mori in bello, quam videre
mala gentis nostræ et sanctorum.

I Machab., cap. III, v. 59.

ADMINISTRACION

CALLE DE MOLINEROS, 34,

Número atrasado, 15 céntimos.

NOTA. El pago de la suscripcion se hará por adelantado.

Antes que al Rey, nos debemos á la Patria; antes que al Rey y á la Patria, nos debemos á Dios. El Rey para la Patria; la Patria y el Rey para Dios

Sabemos que en Ibiza se está llenando de respetables firmas una adhesión al incomparable Manifiesto de la prensa tradicionalista, para enviarla al valiente *Siglo Futuro*.

De allí la tomaremos nosotros para publicarla en EL CENTINELA, unida á las que se preparan en Mallorca.

EL CENTINELA

PALMA 6 DE OCTUBRE DE 1888

¡TODO EN VANO!

Si grande y acerbo es el dolor que experimentamos ante la espantosa calamidad que viene azotando á la comunión tradicionalista, mucho más grande y más acerbo es el que sentimos al ver la actitud, cada día más hostil, de D. Carlos, que no perdona medio para zaherir y maltratar á los que hasta hace poco habían sido sus mejores y más decididos soldados.

Poco ó nada nos importaría que en el seno del tradicionalismo español se hubiese lanzado la voz de guerra contra los principios católico-monárquicos que informan nuestra política; poco ó nada nos importaría que dentro de nuestro campo se hubiese izado la versátil bandera á cuya sombra ha vivido y peleado siempre el periódico *La Fe*; poco ó nada nos importaría todo esto, si, como era de esperar, D. Carlos estuviese con nosotros. Pero el señor Duque de Madrid no está con nosotros; el señor Duque de Madrid, echando un velo sobre su pasado, se ha vuelto contra nosotros, y diariamente nos llama falsificadores, calumniadores, ambiciosos, y hasta revolucionarios. ¡Justa recompensa á tantos sacrificios y á tanta sangre por él derramada!

En vano el nunca bastantemente llorado don Cándido Nocedal logró rehacer la gran comunión tradicionalista, quebrantada y deshecha á consecuencia del fracaso de la última guerra; en vano el insigne estadista logró infiltrar nueva vida en el cuerpo casi exánime del carlismo; en vano le dotó de un espíritu de intransigencia capaz de infundir miedo y pavor al infierno todo. Escrita debía de estar

la muerte del carlismo, y escrito debía de estar también que el causante de la muerte de ese partido había de ser el mismo D. Carlos. ¡Inexcrutables designios de Dios!

Y, si vanos fueron los esfuerzos del padre para matar de raíz el virus liberal que existía entre nosotros, vanos é infructuosos han sido los esfuerzos del hijo para impedir el desastroso fin del partido carlista, víctima de la descabellada política de conciliación, que ha venido á ser hoy norma y guía de todos los actos de D. Carlos.

Apénas entablada la actual lucha política entre periódicos que se decían hermanos, el esforzado y valiente *Siglo Futuro* trazó con mano hábil el camino que debía seguir la prensa integrista, y puso de relieve los errores de ciertos carlistas, mal avenidos con nuestra intransigencia católica y política, intransigencia santa, acertadamente compendiada en el libro *El Liberalismo es pecado*. «¡Silencio!», gritó D. Carlos desde Venecia; «¡silencio!», repitió Melgar; y se envalentonó el periódico *La Fe*, y desde entonces rige y gobierna en el seno del carlismo una ley despótica que impide la defensa de la verdad, y da carta blanca á nuestros enemigos para que escupan y pisoteen la antigua bandera tradicional, entre cuyos pliegues se leen los nombres de «Dios, Patria, Rey».

De nada han servido para D. Carlos los razonados escritos del señor Nocedal, ni las exposiciones y mensajes que le han sido elevados, ni la magnífica é incontestable Manifiestación de la prensa tradicionalista. Todo en vano. El señor Duque de Madrid no quiere nada con los íntegros; los ha echado del partido por *rebeldes*, y nadie es capaz de hacerle comprender la mala situación en que se encuentra. ¡Gracias sean dadas á los *leales* de real orden!

Han influido tanto en el ánimo de don Carlos las torpes calumnias de los rebeldes de ayer, le han hecho tanta gracia los *nobles* calificativos de los *leales* de hoy, que él mismo no se desdeña en emplearlos; y en el reciente Manifiesto que aparece en las columnas de *El Correo Español*, se leen las palabras *calumniadores, ambiciosos, revolucionarios*, dirigidas á nosotros. ¿Y todo por qué? Por no haber querido aceptar como buena la política de *La Fe*; por no haber querido acomodarnos, en cuanto á doctrina, al fallo de

Montoya y demas subdelegados carlistas; por no haber querido renegar del espíritu de intransigencia religioso-política que nos legó D. Cándido Nocedal, y que nosotros amamos con toda el alma; por haber descubierto á tiempo los amaños y gatuperios de ciertas gentes contra los invulnerables principios del partido en que militamos; por haber dado la voz de ¡alerta! ante la aproximación del peligro, y haber hecho fracasar los planes de conciliación de la España antigua con la moderna, de la España católica con la España liberal.

Don Carlos no teme al número, ha dicho; y por esto le vemos tan tranquilo contemplando el desfile de sus mejores y más decididos atletas, de las lujubreras de la ciencia religiosa y política, del clero en masa, que proclama en alta voz la soberanía de Jesucristo sobre reyes y pueblos. Lanzado el anatema que arrojó á los íntegros del partido carlista, poco le importará á D. Carlos que su partido se quede sin *curas*, una vez que á ellos, según el Sr. Llauder, *persona tan de antiguo estimada y querida* por el señor Duque de Madrid, no teme la revolución. Se queda sin el clero el partido carlista, se han divorciado de él los hombres más sabios y prudentes; pero la idea de que se le agregarán otros á medida que D. Luis vaya enseñando su famoso *iris*, hace que D. Carlos no sienta, cual debería, la descomposición que acaba de sufrir el carlismo.

De antiguo sabíamos la causa de esa inquina de nuestro ex-Jefe político hacia el elemento integrista; no se nos ocultaban los manejos de algunos por conseguir nuestra separación del partido; desde hace tiempo preveíamos lo que ahora está pasando; y, con todo, hemos callado y esperado. Algo podríamos decir hoy sobre ciertos pasos, pero lo dejamos para los liberales, que son los que más interesados deben estar en el asunto. Cosas muy peregrinas se oirán el día en que hable la prensa libre, y entonces podrá don Carlos remitir al Sr. Llauder otros diez mil duros en pago de sus *buenos* servicios.

Al intentar detener al señor Duque de Madrid en la resbaladiza pendiente en que le han colocado Vildósola, Llauder y compañía nos hemos visto insultados, despreciados, y hasta expulsados por D. Carlos. Nada nos resta ya que hacer, pues cuanto hiciéramos

resultaría inútil. Urge, á nuestro entender, que la prensa tradicionalista tome una determinación enérgica en vista de que las esperanzas de un arrepentimiento se van desvaneciendo de día en día.

¡Animo, y adelante!

DISPAROS

Ya pareció aquello.

Es decir, *El Correo Español*.

Organo oficioso del señor Duque de Madrid.

Dirigido por el SABIO filósofo, ENTENDIDO político, *ejemplar* carlista D. Luis M.^a de Llauder.

¡¡Oh.....!!!

**

Y en su primer número inserta *El Correo* un nuevo manifiesto de D. Carlos.

Y van mil.

Pero señor: ¿no quedamos en que no había falta manifiesto alguno?

¿A qué viene, pues, ahora este último?

Vamos, desde que D. Carlos expulsó del partido á los íntegros le ha dado la manía de escribir.

¡Y vaya si escribe!

Para decir siempre lo mismo.

Ambigüedades, ambigüedades, y ambigüedades.

Por la miga que tienen los siguientes sueltos de nuestro queridísimo compañero el *Diario de Sevilla*, los copiamos á continuación:

«*La Fe* no sabe cómo demostrar su despecho á los llauderistas, y da cuenta de la aparición del órgano de las 50,000... ¿á que no aciertan nuestros lectores cómo?

Pues en una despreciativa nota.

Y no le llama por su nombre, ni le dice diario oficioso... nada; *La Fe* se contenta escribiendo en la nota referida lo siguiente: «...el periódico del señor Llauder, cuyo primer número apareció ayer» (Sr. Vildosola, ¿habla V. en verso cuando está enfadado?) «y al que saludamos con la cortesía» y el afecto con que él nos saluda, repitiendo lo que digimos en nuestro número del lunes último y en el del día 19.»

Don Luis no ha dirigido á *La Fe* saludo alguno en *El Correo Español*, de modo que al decir Vildosola que lo saluda en la misma forma, declara implícitamente que no lo saluda en pago de la descortesía que con *La Fe* se ha tenido.

Además, el diario malefaciano no consagra, como han visto nuestros lectores, una sola línea á desear buena suerte á su nuevo compañero, ni lo recomienda á sus lectores, ni tiene una palabra de elogio para el iris..

El periódico del Sr. Llauder, dice *La Fe* secamente. Y esto lo dice desde el sótano, ó lo que es igual, en una nota.

No puede dispensarse recibimiento más frío; recibimiento que demuestra que *la pelota está en el tejado*.

La tragedia titulada *Lucha de leales*, no quedarán ni los rabos, promete ser divertidísima.»

**

«Don Tirso Olazabal escribe una carta de adhesión á D. Carlos, y en ella dice *que las montañas de Guipúzcoa palpitan de esperanza al nombre del Duque de Madrid*...»

¡Atiza!

¡Pero qué irrespetuosos son estos leales!

¡Fuerza del consonante *leal*, á lo que obligas! á

decir que el nombre de D. Carlos causa los efectos de un terremoto.

Vuelva en sí D. Tirso, y reflexione que de ser cierto lo que dice, habría que suprimir el dicho antiguo de: «rey tengamos, pero no lo veamos;» y sustituirlo por el de: «rey tengamos, pero no lo oigamos.»

¡Qué atrocidad!

Don Tirso no sabe lo que se lealiza.

¡Tendría que ver que al nombrar al señor Duque de Madrid palpitasen las piedras berroqueñas!

Estos leales están empecatados..

Después del fallecimiento del gran Pio IX, *El Correo Catalan* abrió dos suscripciones: la primera para regalar una corona al inmortal Pontífice, y la segunda para erigirle una estatua en Monserrat.

El diario del Sr. Llauder recaudó muchos cientos de duros destinados á aquellos dos objetos; y muchos de los que contribuyeron con su óbolo, le preguntan hoy: «¿Que se ha hecho de esos fondos?, ¿por qué no se invierten en lo que deben invertirse?»

Señores, no sean ustedes impacientes, que todo se andará, y más días hay que longanizas.

Llauder alega con sobrada justicia que no se fijó plazo para terminar la suscripción; ¿y qué saben ustedes si D. Luis se ha propuesto terminarla y dar cuentas cuando acabe el siglo XIX?

Yo creo que ese es su pensamiento, sin duda muy digno de aplauso, porque así es de esperar que los fondos sean mucho más cuantiosos.

Paciencia, pues, señores, y barajar, como barajó ayer el Barón de Sangarren, y como barajan hoy los demás leales.

«Nocedal (Luis exclamó),

»Segun la prensa declara,

»A Don Carlos destronó.

»¡Qué feliz sería yo

»Si alguno me des....tronara!

Aconsejamos á nuestros lectores que no dejen de leer en *El Siglo Futuro* la contestación del Sr. Búrgos á la carta que le ha dirigido el Sr. Llauder, ya que por falta de espacio no podemos trasladarla á nuestras columnas.

¡Pobre D. Luis! Tiene razón al afirmar que los verdaderos tradicionalistas no tenemos caridad; porque, efectivamente, la contestación del Sr. Búrgos no le ha dejado hueso sano.

El Sr. Mazo ha caído sobre él como un *idem*.

Dicen personas muy competentes que los argumentos de D. Luis (que se han atrevido á llamar sofismas) son de paja.

Yo digo que tienen mucho grano. La prueba es que D. Manuel los ha reducido á polvo.

Y que tienen mucha miga. Como lo prueba el afán con que D. Manuel les clava el diente, y la prisa con que los devora de cuatro en cuatro.

Son tan profundos, que no se les encuentra fondo.

Y tan de bulto, que ni la calabaza valenciana que ganó el premio en la exposición de Agricultura celebrada en Madrid hace algunos años.

Si fueran sólidos, no lo sería tanto un adoquín ó un guardacanton,

Pero son tan débiles (eso sí, es preciso confesarlo), que el menor soplo los derriba, y el Sr. Búrgos sopla tan fuerte, que no se contenta con derribarlos, sino que además los avienta.

Mas, en cambio, no puede negarse que son muy chuscos, tanto, que, en mi sentir, el señor Llauder no los aduce en serio.

Sirva de muestra éste:

No debe combatirse á la persona que propala el error, si no está separada, *nominatim*, del gremio de la Iglesia, por excomunión ó anatema.

«Pero ¡á mí!» (dice) «¿quién me ha echado del gremio de la Iglesia, quién me ha declarado impío ni propagador de error alguno, para que tengan que aplicármese los procedimientos del Dr. Sardá?»

A lo cual el implacable redactor de *El Siglo* contesta, entre otras cosas:

«¡Ah, Sr. Llauder! ¿Por qué no tenía V. esto en cuenta cuando combatía á los hombres de la Unión Católica y á los corifeos del liberalismo, que no estaban ni están tampoco separados nominalmente del gremio de la Iglesia? ¿Cómo nos sería lícito, en el supuesto de Vd., atacar, no digo á los señores Cánovas y Pidal, pero ni al mismo Ruiz Zorrilla, sobre quien no ha recaído nominalmente el anatema de la Iglesia y el cual ha ofrecido como D. Carlos, en su programa, darle lo que le corresponda?»

«No ha entendido V. la doctrina del insigne Sardá, la doctrina de los Santos Padres, la doctrina de la Iglesia católica; porque la razón de que sea lícito el ataque á la persona que propala el error, es el deber de caridad que tenemos con nuestros prójimos, á quien de esta manera se puede preservar del error que trata de introducirse entre ellos; ó en otra forma: la razón de esa licitud está en la necesidad de combatir ese error, impidiendo que se propague y que se extienda por el crédito de la persona que lo defiende.

«...si V., para sostener y propagar la política errónea, v. g., de D. Carlos, quiere acreditar la consecuencia política de V. y de D. Carlos, si esto no es verdad, como no lo es, nosotros podemos y aún debemos, para impedir que Vds. consigan arrastrar á las masas, poner de relieve la inconsecuencia política y las tremendas contradicciones de ustedes. Esto hemos hecho, esto he hecho yo al combatir á V.

«...Por esto los Santos Padres no aguardaban, no, á que el propalador de los errores hubiese sido arrojado del gremio de la Iglesia para atacarle en sus escritos y en su persona con aquella santa y hermosa energía que anonadaba y destruía á sus adversarios.»

Conque, Sr. Llauder, convengamos en que, hablando en plata, en esta polémica ha salido V. como en todas las que entabla con los *desleales*: con las manos en la cabeza.

Y, en resumen:

De Luis recibió un papel

Manuel,

Zurró á Luis y á los Licurgos

Búrgos,

Y los mató de un porrazo

Mazo.

Lauder, caíste en el lazo,
Hablaste, y, puesto en un brete,
Te remató de un cachete
Manuel de Búrgos y Mazo.

El *Semanario Católico* de esta capital, en su último número, dice lo siguiente:

«Hemos recibido la visita de *El Correo Español* diario tradicionalista que empezó á publicarse en Madrid el día 26 de Septiembre próximo pasado bajo la direccion de D. Luis M.^a de Llauder.

„Agradecemos la atencion y dejamos establecido desde hoy el cambio con el nuevo periódico.»

El Correo Español es un periódico leal.

Y, por tanto, enemigo declarado de la prensa íntegramente católica.

Y enemigo tambien de los esclarecidos sacerdotes Sardá, Gago, Torró... y de los sabios y respetabilísimos Ortí, Necedal, Rivas, Menéndez de Lluarca, etc.

El citado periódico llama á los referidos señores y al clero en masa, que está con nosotros, *enemigos interiores, revolucionarios, calumniadores.*

Es verdad que el *Semanario*, en el suelto que dejamos transcrito, parece que no se entusiasma con la aparicion del nuevo diario que viene á defender los derechos de don Carlos sobre los derechos de Dios, pero da la noticia como quien dice: «Ya lo veis, mallorquines. Con ser tan pequeño el *Semanario*, ha sido objeto de la deferencia del ya famoso don Luis, *persona tan de antiguo estimada y querida por D. Carlos.*»

Se nos dirá tal vez que por cortesía dió la noticia.

Y decimos nosotros: Si la buena educacion obliga al *Semanario* á agradecer la visita que acaba de hacerle un diario carlo-liberal, ¿cómo no le obligó á sentir el percance que sufrimos en Abril último, y á demostrar su satisfaccion al ser absueltos en la causa que se nos ha seguido?

Aten esos cabos nuestros lectores.

Lean nuestros amigos el estupendo efugio con que el *Correo Catalan* contesta al reto que le dirigimos en el número del sábado anterior:

«Aunque no ha resultado cierta la noticia de la desaparicion del periódico titulado EL CENTINELA, en cambio dentro de pocos días vendrán á aumentar el número de periódicos carlistas una nueva publicacion en Ciudad Real y otra en Guipúzcoa.»

Quedamos enterados.

Pero, ¿qué tiene esto que ver con la parrucha que echó á volar sobre la muerte de EL CENTINELA?

Lo que nosotros esperamos del *Correo* es que manifieste los fines que le guiaron al decir que EL CENTINELA se había despedido de sus lectores.

Interin, seguiremos diciendo al diario de D. Luis que ha dado una noticia falsa; que ha faltado á la verdad.

Señor de Llauder, esta conducta no deben usarla los *leales*; los llamados *rebeldes* la rechazan.

Es preciso conocer la lógica para no volver el rostro á la consecuencia.

El provocador no debe nunca rehuir entrar en razonable polémica.

El Tradicional de Valencia dice con tono

jactancioso que su compañero en *lealtad* *El Centro* lleva publicadas 13,543 firmas, cifra que stampa en letras mayúsculas para que la vean los míopes sin necesidad de gafas.

Si este numeroso cuerpo de *leales* se compone de eminencias como las de ciertos firmantes que figuran en la lista que publicó de esta Isla, ¡bonitos defensores le han salido á D. Carlos!

¡13,543 firmantes!

Satisfechos pueden estar nuestros paisanos *Bismarck* y *Moltke* de haber contribuído con sus esfuerzos á aumentar el contingente de fuerzas carlistas.

Nominales, se entiende.

La Junta directiva de cierto Círculo de Obreros Católicos, inspirada tal vez en el consejo de *leales*, zorrillistas y voluntarios nacionales, tomó el cesarista acuerdo de dejar la suscripcion de nuestro hermano mayor *El Siglo Futuro*.

¡Qué plancha!

Ahora sólo falta que aquel Centro haga propaganda en favor de *El Correo Español*.

Segun dicen malas lenguas, el celeberrimo Bismarck, sentado en una poltrona del gabinete de cierto Círculo, se estaba deleitando con la sabrosa lectura del periódico inspirado y subvencionado por D. Carlos.

El gran Bismarck mallorquin

Ha encontrado sus delicias

Devorando las noticias

Del *Correo*... llauderin.

—¿Qué tal, Bartolo?

—Bien, ¿y tú?

—Como siempre, gracias á Dios. Vengo de buscar los números de *El Siglo* llegados hoy.

—¿De *El Siglo*?

—Sí; pues qué ¿no lo tienes tú?

—No; me dí de baja hace algun tiempo.

—¿No estabas suscrito á él por orden del difunto señor Obispo?

—Es verdad, pero...

—No hay *pero* que valga; has faltado á lo prescrito por el que fué nuestro Prelado.

—Pero... las economías...

—¿Y habrás dejado la excelente *Revista Popular*?

—Es claro, por la misma razon.

—De modo que por economía has abandonado los mejores de nuestros periódicos, cuando me consta que todavía estás suscrito á *La Hormiga de Oro*.

¡Buenas economías las tuyes!

Si tan escaso de *fondos* te hallabas, ¿por qué no has suprimido el piano? Así ahorrabas un buen par de durejos.

La cabra tira al monte, Bartolo; y lo que es tú conservas aun algo de cuando usabas el morrion de miliciano.

Adios.

La prensa *leal*, tomándola de *La Fe*, ha publicado estos días una carta de la señora madre de D. Carlos.

De modo que ya son tres las damas en campaña.

No queremos publicar ni juzgar ese documento, como no publicamos ni juzgamos el

de la hermana política del Sr. Duque de Madrid; lo que sí queremos hacer constar es la astucia de *La Fe* que se vale de medios tan poco dignos para atacar á las íntegros.

Procure el diario de D. Malefacio presentarse solo en la arena del combate, en vez de parapetarse detras de nobles damas, pues harto debe saber que, á fuer decaballeros, no acostumbramos á batirnos con señoras.

Sentimos no disponer de espacio suficiente para insertar la insulsa, la «*imberosímil*» carta de Don «*pablo* Morales» al «*Sor* Recluta rebelde afiliado en el *Siglo Futuro*.» ¡Válgame Dios, y qué «*convincion*» de disparates! Habla en ella de la «*Sora* Pardo Bazan», del «*Sor* Lafuente», de cuando él «*vijava*» por Francia y se dirigía «*ácia*» la residencia de D. Carlos (que no le ha retirado su afecto), de que el «*jóven* recluta... á entrado... en conjuraciones y pronunciamientos». Dice que el Manifiesto de Búrgos «es en *berdad* una filigrana, ...joya con piedras falsas», que él contribuyó á la redaccion de cierto «*mensaje*», que él ha de decir siempre la «*berdad*», que no pretende que *El Siglo Futuro* le «*lebante*» pedestales, etc., etc.

Se conoce que el Sr. Morales ha hecho escasos progresos en Ortografía desde que allá por el año 1850, cuando estaba para terminar la carrera de Jurisprudencia en la siempre *Heróica* (entonces era V. ya todo un héroe), detenido con algunos compañeros ante un cartelón fijado en una esquina del Coso, no acertó á resolver si debería leerse *pedagogia* ó *pedagogía*.

¡Y eso que por aquella época se daba ya humos de escritor dramático! Recordará el *Sor* D. Pablo, que él era uno de los cuatro peregrinos ingenios, autores de aquella famosa comedia en que se lee:

«Esos altos chapiteles
que ahora nos hacen sombra,
pronto servirán de alfombra
á nuestros bravos corceles.»

El *Sor* Morales pasó luego á Madrid, y allí creció de punto su celebridad cuando, al frente de doce hombres de corazon, se presentó á D. José Salamanca y, para invitarle á un cubierto de dos pesetas, disparó al opulento banquero, á boca de jarro, y á guisa de arenga diplomática, un diluvio de quintillas.

La primera decía así:

«Cerca de tí embajador,
represento á esta docena
con más gloria y más honor
que si estuviera en el Sena
cerca del Emperador.»

Pero la celebridad del *Sor* Morales llegó á su apogeo cuando, echándose á político, se hizo cortesano de D. Carlos; lo cual, como Gago demostró, no deja de tener sus quietas.

De suerte que el hijo de Epila, despues de haber sido una gloria de su pueblo, fué más adelante en Zaragoza una gloria de Aragon, en Madrid una gloria de España, y en la corte de D. Carlos una gloria europea.

Si, pues, del *Siglo*, ó del diablo,
La refinada perfidia
Se mofa del gran Don Pablo,
Es envidia, y pura envidia.

NOTICIAS

En vista de las noticias publicadas por la prensa de Córdoba, de las cuales se ha hecho eco la de Madrid, referentes al estado en que se halla aquella hermosa Mezquita, parece que el Sr. Obispo se ha dirigido á los señores ministros de Fomento y Gracia y Justicia, solicitando del primero las órdenes oportunas para que sea el templo catedral reconocido por un arquitecto del dicho ministerio, con el fin de cerciorarse si efectivamente es cierto que existe un arco con una desviación considerable, para proceder á la oportuna reparación, ó en caso contrario, llevar la tranquilidad al ánimo de cuantas personas se interesan por nuestras glorias artísticas.

Parece que será nombrado Arzobispo de Tarra-gona el señor Obispo de Vitoria.

Entre las continuas y numerosas adhesiones al Manifiesto de la prensa intransigente, que publica nuestro queridísimo hermano mayor *El Siglo Fu-turo*, hemos visto una de Ciudad Real, firmada por 23 sacerdotes, varios de ellos canónigos, y 132 se-glares.

Muy en breve se empezarán grandes obras de reparación en la Basílica de San Juan de Letran, en Roma, que serán costeadas del bolsillo particu-lar de Su Santidad Leon XIII.

Se calculan los gastos en medio millón de pe-setas.

Leon XIII envía este año la Rosa de Oro á la princesa regente del Brasil, en recompensa de haber decretado la abolición de la esclavitud durante la ausencia del emperador.

La guerra que se hace en Roma á los conventos es cada día más implacable y sañuda. Solamente en la calle del Quirinal, donde había un convento de Religiosas capuchinas, otro de Religiosas sacra-mentarias, el noviciado de PP. Jesuitas, el colegio belga, el colegio americano y el convento de Pa-dres trinitarios descalzos, el gobierno italiano, con pretexto de ensanchar la calle, ha expulsado ya á las capuchinas y á los Jesuitas y acaba de decretar la expulsión de las sacramentarias para derribar luego los edificios.

A 50 millones de pesetas se hacen ascender las pérdidas ocasionadas por tormentas é inundaciones en la provincia de Almería, tanto en tierra de labor y arbolado como en ganado, aperos de labranza y propiedad urbana.

Ha sido tanta la abundancia de sardinas este año en la costa Cantábrica que han llegado á ven-derse en Santander á 20 céntimos de peseta el 100.

Dice un periódico, que hay en Paris un muchacho que, gracias á su memoria descomunal, ha in-ventado una profesión nueva y vive de ella.

El muchacho de quien se trata anda pobremente vestido por los boulevares, entra en los principales cafés y restaurantes y pide á los consumidores que le pregunten cuanto quieran sobre la historia de Francia.

Episodios, descripciones de batallas, reinados, fechas, edades de los reyes, años en que nacieron y murieron, todo lo dice con la mayor exactitud y sin vacilar un momento en sus contestaciones.

Recuerda hasta los números de los Regimientos que tomaron parte en las principales batallas de Napoleon.

Todo el mundo se queda maravillado de las fa-cultades retentivas del niño, quien sale de los cafés con el bolsillo lleno de monedas.

En el Canadá se ha reconocido la personalidad jurídica de la Compañía de Jesus, y van á serle

devueltos los bienes que le fueron secuestrados por aquel gobierno en el siglo pasado.

Una señora protestante, perteneciente á una distinguida familia de Poitiers, ha abjurado públi-camente de sus errores ante la gruta de Nuestra Señera de Lourdes.

El profesor de Baldwin, aereonauta norte-ame-ricano, está llamando la atención en Lóndres con sus ascensiones y principalmente con sus descensos en para caídas.

Una de estas últimas tardes había atraído cerca de unos cien mil espectadores en Alexandra-Palace.

Baldwin debía elevarse á una altura de 3000 metros y dejarse caer desde allí con su aparato.

Parece que efectivamente había alcanzado los 3000 metros cuando dejó el globo para precipitarse en el espacio. Tardó tres minutos cincuenta segun-dos en llegar al suelo.

Este descenso produjo un efecto terrible en la multitud, que quedó helada de espanto al ver dise-ñarse durante dos ó tres segundos el cuerpo de Baldwin, recorriendo unos 200 ó 300 metros, he-cho un ovillo, completamente inactivo y sin abrir el para-caídas.

¡Baja, muerto!—exclamaban todos

Y se pensaba en la rotura de un vaso, por vir-tud de la presión atmosférica, en un ataque apoplé-tico ó en la asfixia.

De pronto Baldwin se destacó en el aire en línea vertical á la tierra, poco á poco se fué abriendo su para-caídas y continuó descendiendo con tanta ele-gancia como rapidez, hasta caer en el mismo sitio de donde había partido, en medio del pueblo que le saludaba con frenéticos ¡hurras!

Aquí va un ejemplo terrible de la justicia de Dios. Hace unos cuantos días que la aldea de Herbiere (Vendée), celebraba la fiesta del Bienaventurado, con asistencia de la población cristiana á las bellas ceremonias de la iglesia parroquial. Algunos mal-vados de la localidad pretendieron turbar la fiesta con blasfemias y parodias sacrílegas en la mañana de dicho día.

La justicia divina nos hizo esperar: á las nueve de la noche llamaron á la puerta del prebiterio. «Venga usted pronto, señor cura; fulano acaba de sufrir un ataque de apoplejía». Era uno de los blas-femadores. El cura le halló sin conocimiento, y al-gunos momentos despues murió.

A las once volvieron á llamar al señor cura; un segundo cómplice había sido herido por la mano de Dios, y de la misma manera sucumbía á los pocos momentos. A la una de la madrugada, avisado por tercera vez el cura, halla una tercera víctima; y á las cinco de la mañana, avisado por cuarta vez el sacerdote, llega á la casa y halla un hombre que vomita sangre, pero que á lo menos puede confe-sarse y aún vive, era el menos culpable, que más por debilidad que por malicia, había blasfemado con sus compañeros.

Excusado es decir el efecto que produjo en la población este cuádruple ejemplo de la venganza divina.

¿Qué pensarán de este hecho los libre-pensado-res?

Un joven abogado de Angers padecía de una gangrena que se extendía por todo su cuerpo, efec-to de una herida mal curada.

Su muerte se tenía por segura y próxima: esta-ba desahuciado por los médicos.

Pero, ¡se ha salvado! Una parienta suya, muy piadosa, tuvo la inspiración de poner sobre el cuerpo del enfermo una reliquia de un santo.

No se hizo esperar mucho el buen efecto. Desde aquel momento la mejoría comenzó y el enfermo fué con su familia totalmente restablecido á San Lorenzo, donde está el sepulcro del santo, á fin de darle las gracias.

Los periódicos de Alicante dan la noticia de ha-berse fugado con fondos y documentación el admi-nistrador de la subalterna de Concentina.

Dícese que al llevar á cabo ciertas disposiciones testamentarias en una histórica villa y remover papeles pertenecientes á un título de Castilla, han sido encontradas dos curiosas cartas inéditas del rey D. Carlos III, que se refieren á la expulsión de los jesuitas y contienen datos curiosos.

Es probable que vean la luz pública.

Despachos de Nueva-York dicen que la fiebre amarilla continúa haciendo estragos.

La ciudad de Nueva Orleans está diezmada, y otro tanto sucede en Legisville, donde se ha esta-blecido una rigurosa cuarentena á todas las proce-dencias, así como también Memphis, con el corres-pondiente acordonamiento de tropas.

Los Obispos suizos han hecho una protesta con-tra el nuevo Código penal italiano, y al mismo tiempo el Episcopado de otros países seguirá el ejemplo de los Obispos suizos y prusianos.

La Italia anuncia la organización de un nuevo Congreso internacional católico, para tratar nueva-mente del restablecimiento del Poder temporal.

Dice un periódico que los rumores que circulan acerca del estado de salud de Humberto son tan pesimistas como fundados. Los desvanecimientos que Humberto empezó á sufrir en Bolonia, vienen repitiéndose con frecuencia; el apetito disminuye; sus fuerzas decaen visiblemente, y además de otros signos exteriores que le envejecen prematuramente se muestra por todo extremo afectado en su parte moral.

Los médicos no han manifestado todavía de un modo terminante su opinión, pero dejan entrever que las habituales dolencias de Humberto se han complicado con una hipertrofia del corazón que hace constantes progresos.

Una escena verdaderamente sublime ha tenido lugar recientemente en uno de los hospitales laicos de Paris.

Eran las once de la noche, y una enferma que estaba ya en el estertor de la muerte tenía entre sus manos un Crucifijo que una amiga caritativa le había dado, cuando acertó á pasar una vigilanta, la cual al verlo preguntó:

—¿Quién ha dado eso á la enferma?

—Yo no he sido, contestó una de las que vela-ban y que se encontraba allí.

—Quíteselo usted.

—No, dijo la interpelada; yo no se lo he dado, pero tampoco se lo quitaré.

En esto llega la culpable, á quien la vigilanta manda que se lo quite por estar prohibido enseñar el Crucifijo á las enfermas.

—Lo mismo temo al Director que á usted, con-testa aquella. Le quitaré ¡el Crucifijo, pero se lo volveré á dar en cuanto usted se haya ido, pues quiero que muera con él entre las manos. Por otra parte, el Maestro á quien se trata de suprimir será el que algún día juzgará á aquellos que de El renie-gan ahora.

—Cállese usted, si no quiere que la castigue.

—Puede usted castigarme si gusta; yo no temo más castigos que los de Dios.

Nuestros muy queridos amigos y suscri-tores de Ibiza Don Juan Ribas y Don José Mayans acaban de recibir en Vich la Sagrada Orden del Presbiterado; D. José Tórreres la del Diaconato; y D. José Riera, D. José Guach Ferrer y D. Antonio Fernández Nieto prima tonsura y órdenes menores.

De todo corazón felicitamos á nuestros amigos, al par que enviamos nuestra más cordial enhorabuena á sus respetables fa-milias.